



La nueva política oficial de la píldora

AHORA, RECETAS A GOGO

Al principio, las mujeres que van en busca de su receta semanal no lo entienden muy bien. Entonces alguien les explica que la Seguridad Social ya no receta píldoras, que para eso tienen que ir a otro sitio, allá por Vallecas. Efectivamente, desde el 14 de diciembre del año pasado, hace tres meses, día más, día menos, el Ministerio de Sanidad tuvo a bien abrir una serie de Centros en todo el país. Les puso el nombre de Orientación Familiar y los echó a andar de la mano de unos profesionales que previamente habían seguido un cursillo acelerado durante el mes de octubre.

AURORA FERNANDEZ

NO se sabe muy bien de dónde, o más bien de quién, partió la idea. Cuentan que el Ministerio de Cultura se sintió llamado a facilitar información-a-la-mujer-española sobre los medios anticonceptivos, que ya eran legales, y a través de su Subdirección General de la Condición Femenina intentó ponerse a la altura de las circunstancias, es decir, a la altura de las miles de españolas que ya usaban anticonceptivos. Con muy buena voluntad, un funcionario de tal Ministerio trabó, durante el caluroso verano del 78, contactos —nada oficiales, por supuesto— con los Centros de Mujeres de Madrid, para que estas feministas independientes, que atendían a las mujeres en la clandestinidad, le contaran cómo se lo habían montado.

El tal funcionario pretendía elaborar un libro donde se incluyeran todos los recursos de la comunidad. Algo así como unas páginas amarillas para casos apurados. Entre los diferentes recursos quería incluir a los Centros de Planificación Familiar, con su correspondiente domicilio y número de teléfono. Pero esta pretensión de informar a las ignorantes mujercitas se vio obstaculizada por la intervención de otro Ministerio, el de Sanidad, que repentinamente quiso buscar el tiempo perdido y convocó el cursillo de octubre. De esta forma, ambos Ministerios se convierten en rivales de la carrera hacia el útero. Una rivalidad que termina justamente cuando se abren los Centros de Orientación Familiar. Dato signi-

ficativo es que el día de la inauguración no asistió ningún representante de la Subdirección General de la Condición Femenina. Pero, pese a este desaire, los promotores siguieron adelante y el invento empezó a funcionar.

Mientras tanto, los grupos feministas que atienden los Centros de Mujeres observan todo el proceso desde una postura obligadamente marginal. Postura que resulta absurda si se recuerda que ellos fueron los primeros en poner en marcha esta aventura de los "planning". Realmente inexplicable si se constata, mediante cartas que conservan, la relación que organismos internacionales de planificación como el IPPF han tenido con las mujeres más veteranas del movimiento. Aunque tampoco hay que olvidar que estos mismos organismos, que durante años las consideraron como únicos enlaces en nuestro país, las relegaron en el mismo momento en que nuestro perdurable Gobierno hizo ademán de abrir la mano.

Como iba diciendo, se mantienen, o mejor, las mantienen al margen, en una cómoda ignorancia vigilada. Los Centros de Mujeres atienden, junto con otros promovidos por el Partido Comunista y el Partido Socialista Obrero Español, a decenas de mujeres diariamente. El Ministerio les deja actuar, consciente de que, si lo prohibiera, tan sólo ocasionaría más problemas a la Seguridad Social, que actualmente no dispone de medios para satisfacer la demanda.

No obstante, para justificar el

talante abierto de un régimen a la europea, se crean estos Centros, dependientes de Sanidad, en los cuales se realiza una peculiar labor de "orientación". El de Madrid está dirigido por un médico y el equipo lo componen

De la noche a la mañana ponen al alcance de la mano lo que durante tantos años fue innombrable. Es increíble, pero ¿cierto?

Para averiguarlo es inevitable recurrir a la comparación. De un lado, los pioneros centros de



un ginecólogo, una psiquiatra, una asistente social, una secretaria y una especie de "relaciones públicas", cuya misión es difundir la idea.

El Centro está abierto no sólo para los asegurados —en este caso, irremediamente aseguradas—, sino para toda mujer que desee recibir este tipo de servicio. Esta disponibilidad para socorrer a las mujeres les da un aire muy semejante a los primitivos Centros de Planificación. Entrada libre, atención tanto a casadas como a solteras.

"planning" y de otro las recién estrenadas consultas montadas por el Ministerio de Sanidad. En seguida se observan las diferencias. Por ejemplo, que, dado lo equivoco del rótulo que figura en la puerta, algunas madres acuden con sus niños, creyendo que allí se solucionan los problemas de dislexia o de subnormalidad. El malentendido es frecuente. Pero la mayoría son algo más avisadas y saben que lo que allí les dan es la píldora. Y cuando digo la píldora no es por poner un ejemplo. Es que real-



Es más fácil extender una receta que examinar detenidamente a cada mujer, más fácil que estudiar los efectos secundarios que los distintos métodos anticonceptivos pueden causar en cada organismo. En las fotografías: el Centro de Orientación Familiar instalado por el Ministerio de Sanidad en el barrio madrileño de Vallecas.

mente lo que suelen recetar los médicos, en un desmedido porcentaje, no es otra cosa que anovulatorios.

La diferencia en este punto es palpable, porque cualquiera que haya acudido a un Centro de Mujeres habrá podido comprobar por ella misma cómo se desarrolla todo el proceso, desde que solicita información hasta que sale con la receta. No es un mero trámite, sino que hay que dar una serie de pasos que son igualmente necesarios para una buena planificación.

Las charlas colectivas que se imparten sirven, además de para proporcionar información suficiente sobre diferentes métodos anticonceptivos, para poner en contacto a la mujer con las demás que se encuentran en la misma situación, con lo cual salvan la primera barrera: el temor y la vergüenza que para algunas supone el ir en busca de tales remedios. Sin embargo, en los centros de Sanidad, el camino es diferente. Cada mujer es presentada a una asistente social que le formula un pequeño cuestionario y le abre una ficha. Si no se observa ningún trastorno psíquico, la paciente pasa a la consulta del médico.

De ahí a la receta sólo restan unos pocos minutos y probable-

mente durante ese tiempo, el doctor, el técnico en la materia, exalta las ventajas de la píldora, escudándose en su total seguridad y describe con pormenores los trastornos que ocasiona el dispositivo intrauterino y los riesgos de los demás métodos. La ingenuidad pintada en los ojos de la inexperta le facilita el camino.

Y no es que lleve comisión de ningún fabricante de pastillas, lo que ocurre es que es más fácil una receta que examinar detenidamente a cada mujer; más fácil que analizar los efectos secundarios que los métodos pueden ocasionar en cada organismo. Y mucho más fácil que poner un DIU, entre otras cosas, porque en estos centros no tienen dispositivos, ni laboratorios para hacer citologías. Cuando alguna de las pacientes insiste en utilizar estos métodos "poco aconsejables", le dan un volante para que vaya a un ambulatorio donde le harán las pruebas, más la dirección de un laboratorio farmacológico donde le venderán el dispositivo.

Pero la diferencia entre los dos tipos de centros no estriba en los métodos anticonceptivos que aconsejen, sino en la posibilidad que tiene cada mujer para elegir uno concreto. Mientras

que en los primeros el médico se limita únicamente a aconsejar técnicamente, en los segundos, la inocente damita se encuentra indefensa para responder ante la parcializada información que recibe. Su libertad de elección queda supeditada a la ciencia de los entendidos, que se traduce más tarde en el método más rápido y sencillo: la píldora.

Al poco tiempo se demuestra que si una persona no está de acuerdo con el método que utiliza, si no lo tiene asimilado psicológicamente, acaba rechazándolo somáticamente. Pero estas consecuencias no están previstas en el programa de los centros oficiales. La única medida que se aplica cuando se presentan problemas psicológicos es una entrevista con la psiquiatra, la cual pasa a la paciente un "test", donde parece que está la clave del asunto.

Por otra parte, los casos extremos no tienen cabida. Cuando llegan mujeres cuyos problemas no tienen otra solución que el aborto o un ligamento de trompas, se quedan estancados y a otra cosa, porque las normas siguen siendo las mismas de antes.

Pero a pesar de estas diferencias, la apariencia es muy simi-

lar, sobre todo para las inexpertas que van enviadas por la Seguridad Social. Sin embargo, incluso a ellas les extraña un detalle: las prescripciones van escritas en recetas privadas que no llevan el membrete de la SS, con lo cual tienen que abonar el importe completo del fármaco. Es decir, que las mismas píldoras que antes les recetaban casi gratis en el ambulatorio, ahora tienen que pagarlas íntegramente.

Resulta algo confuso, pero, en definitiva, lo único que estas mujeres ven claro es que no quieren tener hijos. Y de este deseo principal es del que se aprovechan los promotores del Centro para suministrar pastillas a diestro y siniestro, sin presentar a las consumidoras más horizontes que el de la vía rápida para que su máquina reproductora deje de funcionar.

Frente a ellos, frente al Ministerio de Sanidad, los Centros de Mujeres y los partidos siguen haciendo su labor de información. Una información amplia, que va desde la fisiología hasta la sociología, pasando por los problemas sexuales. No consideran a la mujer como una máquina reproductora, sino como una persona que se enfrenta a una serie de situaciones debido a su género y a su capacidad para engendrar.

Por tanto, sus soluciones no se traducen en un método, ya sea mecánico o químico, sino en un proceso más complejo que abre una ventana a las mujeres, a través de la cual se atisban una serie de posibilidades a las que pueden tener acceso. En algunos casos, dependiendo de otros factores, pueden ser útiles los anticonceptivos.

Este es el otro lado de la moneda. El que el Ministerio esté empeñado en ocultar a las españolas —demasiadas todavía— que no lo conocen. Asustando ante la cantidad de féminas que ya alcanzan el "nivel europeo", piensa que aún está a tiempo de orientar a las que permanecen cándidas e inocentes. Y en su intento abre estos Centros que no son más que una triste parodia de los otros. El parecido es pura apariencia, pero, ¡ojó!, no es casual. ■